

REFLEXIONES SOBRE LA URGENCIA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES ANTE LOS DESAFÍOS DE LAS DINÁMICAS SOCIALES CONTEMPORÁNEAS

Reflections on the urgency of New Social Movements in the face of
the challenges of contemporary social dynamics

Julio César Díaz Sánchez¹

Para citar este artículo:

Díaz Sánchez, J. C. (2024). Reflexiones sobre la urgencia de los nuevos movimientos sociales ante los desafíos de las dinámicas sociales contemporáneas. *Revista Arista Jurídico-Política*, 1(1), 63-75.

Resumen

En el contexto del capitalismo y del análisis crítico de las dinámicas sociales contemporáneas, los conceptos de fractura del metabolismo social, acumulación por desposesión y crisis de la reproducción social emergen como elementos clave para comprender la necesidad y urgencia de nuevos movimientos sociales. En este escrito, se pretende explorar cómo estos problemas están interrelacionados y, en consecuencia, cómo exigen una respuesta más organizada y radical para enfrentar los desafíos que nos plantean como sociedad.

Palabras clave: acumulación por desposesión; crisis de la reproducción social; fractura del metabolismo social; nuevos movimientos sociales.

¹ Sociólogo por la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD).

Abstract

In the context of capitalism and the critical analysis of contemporary social dynamics, the concepts of fracture of social metabolism, accumulation by dispossession and crisis of social reproduction come to light as key elements to understand the need and urgency of new social movements. The present text intends to explore how these problems are interrelated and, consequently, how they demand a more organized and radical response in order to face the challenges as a society.

Keywords: accumulation through dispossession; crisis of social reproduction; new social movements; fracture of social metabolism.

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de los procesos de desigualdades globales y locales, es necesario abordar el tema desde un análisis crítico que permita revelar cuáles son las dinámicas económicas y sociales que enmarcan dichas desigualdades. Para ello, y como ya se ha mencionado, se considera abordar tres conceptos clave: la acumulación por desposesión, la crisis de la reproducción social y la fractura del metabolismo social. Estos conceptos resultan esenciales para interpretar cómo el capital reorganiza su expansión, precariza la vida cotidiana, despoja a las comunidades de sus recursos y, en consecuencia, afecta y deteriora los entornos y las relaciones ecológicas que en ellas se desarrollan.

La acumulación por desposesión es un concepto acuñado por el geógrafo marxista David Harvey (2004), que describe cómo el capital, frente a procesos de sobreaacumulación, opta por la expropiación de bienes comunes y la privatización de recursos públicos. Este concepto deriva de los análisis que Harvey realiza de Marx sobre la acumulación originaria o primitiva, adaptando dicho análisis al contexto del capitalismo contemporáneo, neoliberal y global. Así, el capitalismo no solo se expande directamente en el mercado, sino que también recurre a la apropiación violenta y/o forzada de bienes y territorios.

La crisis de la reproducción social se refiere a una sociedad con serias dificultades para sostener y asegurar la reproducción continua y equitativa de las condiciones de vida y bienestar necesarias. Además, alude a los trabajos no remunerados que facilitan la supervivencia humana, como los cuidados, la crianza y las labores domésticas, funciones generalmente asociadas o impuestas a las mujeres y a las comunidades marginalizadas. Estas comunidades son testigos de cómo las dinámicas del capitalismo

neoliberal precarizan sus condiciones de vida, minando las bases de la reproducción social y contribuyendo al aumento de la precariedad y la desigualdad.

Por último, la fractura del metabolismo social alude a la teoría propuesta por Marx en *El Capital*, en la que se señala la existencia de una ruptura entre la sociedad y la naturaleza como consecuencia del actuar capitalista. Este, al explotar desmedidamente los recursos naturales, rompe el equilibrio existente entre los ciclos naturales y las necesidades humanas, generando una crisis no solo ecológica, sino también social.

BASES TEÓRICAS

Para analizar y comprender críticamente estos fenómenos, además de los planteamientos de Harvey (2004), se recurre a los postulados de Antonio Gramsci, en particular a su concepto de hegemonía. En *Cuadernos de la Cárcel* (1999), el pensador italiano sostiene que la hegemonía no solo se ejerce mediante medidas de coerción, sino también a través del consentimiento cultural e ideológico. Este aspecto es clave para entender cómo el capitalismo perpetúa los procesos de desposesión y legitima sus acciones mediante mecanismos ideológicos que normalizan el despojo y la explotación.

Habiendo expuesto brevemente estos conceptos, cabe destacar que el presente escrito no solo pretende analizar estos fenómenos, sino también plantea una reflexión sobre las alternativas y resistencias que han surgido frente a ellos, buscando ofrecer un camino hacia una reorganización social más justa y equitativa.

La acumulación por desposesión y la crisis de la reproducción social según David Harvey

Siguiendo las críticas de Marx sobre la acumulación originaria o primitiva —un proceso mediante el cual se expropiaron las tierras y los recursos de campesinos y comunidades preindustriales para sentar las bases del capitalismo—, Harvey explica cómo, bajo el mandato del capitalismo neoliberal contemporáneo, estos despojos continúan ocurriendo, aunque bajo nuevas lógicas. Ante la crisis de sobreacumulación del capitalismo, este busca nuevas fuentes de riqueza y recurre a la expropiación y privatización de bienes comunes y recursos públicos. Así, servicios esenciales para la vida, como el agua y la electricidad, o derechos ciudadanos como la educación y la salud, se convierten en bienes mercantilizados, accesibles únicamente para quienes pueden pagarlos.

De manera similar, las políticas neoliberales impulsan y promueven legislación que facilita al capital y a las grandes corporaciones la apropiación de tierras y recursos naturales, muchas veces sin importar el daño causado a las comunidades locales. Las ciudades no son ajenas a estos procesos, ya que constituyen espacios clave para la acumulación de capital. La “urbanización del capital”, como lo denomina Harvey (2013), prioriza la inversión en bienes raíces y produce una revalorización de las zonas urbanas que, mediante procesos de gentrificación, obliga al desplazamiento de las poblaciones vulnerables.

Por otro lado, la explotación de los recursos naturales y la proliferación de industrias extractivas, como la tala, la minería y la agricultura industrial, despojan a las comunidades de su acceso a la tierra, contaminan sus fuentes de agua y, en consecuencia, agravan las crisis medioambientales. Para Harvey, la acumulación por desposesión tiene una dimensión estructural dentro del capitalismo, lo que permite al capital encontrar nuevas fuentes de rentabilidad a costa de los recursos públicos o aquellos que antes eran comunitarios.

Hablar de la reproducción social remite a los procesos, instituciones y capacidades sociales que garantizan la reproducción de la fuerza de trabajo y el cuidado de los integrantes de una sociedad. Las actividades que incluyen trabajo afectivo y material son casi siempre realizadas sin remuneración en el capitalismo. Históricamente, estas actividades de reproducción social han sido desempeñadas en su mayoría por mujeres y, solo en contados casos, por hombres (Fraser, 2016). Aunque estas actividades son esenciales para el sostenimiento de la vida cotidiana y la fuerza laboral, como el cuidado de los hijos o el trabajo doméstico, el sistema capitalista las ha invisibilizado y desvalorizado debido a que no están integradas formalmente al mercado. Así, en el capitalismo liberal contemporáneo, la crisis de la reproducción social se manifiesta en la precarización de las condiciones de vida y de trabajo, especialmente para las mujeres, ya que son quienes asumen la mayor carga de los trabajos no remunerados.

Todo esto está relacionado, entre otras cosas, con el desmantelamiento de los servicios públicos, lo que reduce el acceso a servicios esenciales como la salud, la educación y la protección social. Esto genera una presión desmedida sobre las familias, particularmente sobre las mujeres, a quienes se les exige suplir dichas necesidades. Asimismo, la precarización y flexibilización laboral, junto con la expansión de empleos informales e inestables, han tenido un impacto negativo al impedir que los trabajadores puedan sostener a sus familias, lo que agrava la crisis de los cuidados.

En este contexto, la reproducción social lleva la marca de la desigualdad de género y la racialización que, en muchos casos, se superponen. Si las mujeres ya enfrentan una sobrecarga de trabajo no remunerado o mal pagado, esta situación se acentúa y maximiza cuando se trata de mujeres afrodescendientes o indígenas.

De igual forma, esta crisis conlleva la erosión del tejido social, ya que las políticas que excluyen las necesidades sociales básicas o priorizan lo mercantil sobre el bienestar pueden acelerar el desmantelamiento de estructuras comunitarias y redes de apoyo social existentes. Esto disminuye la cohesión social y debilita las formas tradicionales de cuidado y solidaridad comunitaria.

En general, las desigualdades económicas también contribuyen a acentuar esta crisis, ya que la concentración tan desigual de la riqueza limita el acceso equitativo a los recursos y oportunidades. Como señala Quijano (2004), el Estado ha operado en contra de la mayoría de la población, y esta crisis estructural que afecta a Latinoamérica repercute directamente en la capacidad de las sociedades para sostener sus sistemas de reproducción social.

De este modo, la crisis de la reproducción social está estrechamente vinculada con la acumulación por desposesión, pues todos estos procesos de privatización y despojo avalados por el Estado contribuyen al aumento de la precariedad en la vida cotidiana de nuestras sociedades.

La fractura del metabolismo social: de Marx a Harvey

El metabolismo social es un concepto acuñado por Marx para describir la relación entre la sociedad y la naturaleza. Este concepto se refiere al constante intercambio de materia y energía entre la sociedad y el entorno natural, intercambio que resulta indispensable no solo para la producción, sino también para la reproducción de la vida. Según Marx, el metabolismo se ve afectado y fracturado como consecuencia de la lógica de acumulación infinita y la explotación desmedida e incontrolada de los recursos naturales. De esta manera, los ciclos naturales que sostienen la vida se rompen, lo que se manifiesta en la crisis climática, los daños ambientales y las formas de producción que priorizan el beneficio económico sobre la sostenibilidad ecológica.

El cambio climático, causado por la emisión descontrolada de gases, genera una crisis ecológica que pone en peligro la existencia humana y de otras especies. Asimismo, la sobreexplotación de los suelos, los bosques y las fuentes de agua destruye ecosistemas, poniendo en riesgo a las generaciones futuras.

Otra de las causas de esta fractura está relacionada con la tendencia del capitalismo a separar al ser humano de su entorno natural, al considerar la naturaleza únicamente como una fuente de recursos a explotar. Esto destruye la conexión simbiótica que en otros tiempos existió entre el ser humano y la naturaleza.

Para Harvey (2004), esta fractura no es un accidente fortuito, sino una consecuencia directa del capitalismo, ya que su lógica de acumulación exige la explotación de la naturaleza para generar riqueza, sin considerar las consecuencias ecológicas. De esta manera, la acumulación por desposesión también se traduce en una desposesión ecológica, donde el capital se apropia de los recursos naturales en beneficio propio, trasladando a las comunidades los costos de dicha apropiación. La minería, la tala, la agricultura industrial y la explotación de combustibles fósiles son claros ejemplos de cómo la naturaleza se convierte en un terreno de despojo. Las corporaciones multinacionales, avaladas y respaldadas por gobiernos neoliberales, se apropian de tierras y recursos naturales, despojando a comunidades locales e indígenas, y provocando graves afectaciones ambientales, como la contaminación del agua, la deforestación y la pérdida de biodiversidad.

Según Harvey (2004), las prácticas de acumulación capitalista moderna buscan constantemente expandir sus áreas de inversión, considerando la naturaleza un vasto espacio que les permite cumplir con su propósito. En *Ciudades Rebeldes* (Harvey, 2013) se plantea que la urbanización se ha convertido en otra forma de acumulación de capital, utilizando la especulación inmobiliaria y la gentrificación para reconfigurar las ciudades de manera que sirvan a los intereses del capital. Las clases más desposeídas y trabajadoras de las áreas urbanas son expulsadas de sus espacios como consecuencia de la revalorización urbana y la ampliación de zonas de inversión privada.

La hegemonía en la imposición y normalización de los procesos de despojo

Antonio Gramsci, en *Cuadernos de la Cárcel* (1999), desarrolla el concepto de hegemonía, entendido como la capacidad de una clase para imponer su visión del mundo y convertirla en “sentido común”. Este concepto es fundamental para comprender cómo el capitalismo ha logrado imponer y normalizar los procesos de acumulación por desposesión, la crisis de la reproducción social y la fractura del metabolismo social. El consentimiento cultural y la internalización de ideologías dominantes resultan, en muchos casos, más efectivos que la coerción. Así, las clases dominantes ejercen su poder no solo mediante medios económicos o coercitivos, sino también a través del despliegue de una hegemonía cultural, construida para

definir las creencias, valores y percepciones de la sociedad en su conjunto. Esta hegemonía se sostiene a través de instituciones como los medios de comunicación masiva, las instituciones educativas, las iglesias y otras que promueven ideologías que justifican la acumulación capitalista y la desigualdad.

En este marco, la acumulación por desposesión se presenta como una consecuencia inevitable del desarrollo económico actual, mientras que la crisis de la reproducción social se minimiza o invisibiliza al quedar al margen de la narrativa oficial del progreso. Por su parte, la fractura del metabolismo social se considera un daño colateral que, para quienes detentan el poder y controlan el capital, puede ser resuelto mediante tecnología o reformas que, lejos de cuestionar las bases estructurales del capitalismo, resultan superficiales y de impacto limitado o nulo.

Así, el dominio ideológico y cultural que las clases dominantes ejercen sobre la sociedad se fundamenta en la creación de un consenso cultural que legitima las estructuras de poder existentes. De este modo, la hegemonía capitalista normaliza los procesos de desposesión y destrucción ambiental, perpetuándolos y haciéndolos parecer inevitables, e incluso deseables, en nombre del progreso económico. A través de las instituciones culturales, se promueve la idea de que el crecimiento económico y el desarrollo tecnológico son sinónimos de progreso. Este posicionamiento legitima los procesos de privatización de recursos naturales y el incremento “necesario” de las industrias extractivas, ignorando las consecuencias devastadoras que ello implica.

De igual forma, las narrativas dominantes despliegan discursos que presentan la privatización de bienes anteriormente de dominio común como una vía para mejorar la eficiencia y la generación de riqueza, omitiendo el hecho de que estos procesos despojan a las comunidades. Paralelamente, las luchas en defensa de los territorios y del medio ambiente son deslegitimadas y vistas como obstáculos al desarrollo. La crisis ecológica, por su parte, es planteada por la hegemonía capitalista como un problema técnico que debe resolverse mediante soluciones tecnológicas o de mercado, sin reconocer su carácter sistémico ni su origen en la lógica de acumulación capitalista.

De esta forma, la hegemonía ideológica no solo perpetúa estos procesos, sino que también actúa como un impedimento para cualquier alternativa. Por ello, Gramsci propone la construcción de una contrahegemonía que permita cuestionar las bases ideológicas y culturales del capitalismo, y que genere una nueva visión del mundo más cercana a la justicia social, ecológica y, por qué no, a una justicia cognitiva.

En esa misma línea, la invisibilización del trabajo reproductivo en el capitalismo se convierte en una forma de hegemonía que refuerza la idea de que los trabajos de cuidado son una responsabilidad “natural y obligatoria” de las mujeres, y no una cuestión de índole política o económica. Así, la despolitización del trabajo reproductivo oculta la explotación que afecta a las mujeres y a otros sectores marginados de la sociedad. Un ejemplo de ello es la migración de mujeres del Sur Global a países desarrollados o del primer mundo, donde los trabajos que suelen encontrar están relacionados con el cuidado (niños, ancianos, personas con discapacidad, etc.). Esto genera, a su vez, una crisis en sus países de origen, donde sus propias familias quedan desatendidas, ya que el capital global se apropia del trabajo reproductivo de las mujeres migrantes.

Algo similar ocurre con las políticas de austeridad que los Estados presentan como soluciones necesarias a las crisis que enfrentan, legitimando la reducción de los servicios públicos y el desmantelamiento de las redes de protección social. Esta narrativa forma parte de una estrategia hegemónica que busca asegurar el consentimiento, tácito o explícito, de las clases subalternas, quienes internalizan estas medidas como inevitables, a pesar de que atentan contra sus propias condiciones de vida.

De este modo, la hegemonía neoliberal ha logrado imponer la idea de que la austeridad, la privatización y la precarización son parte de una especie de “orden natural” que no puede ser desafiado.

La deslegitimación del capitalismo

Tal como manifiesta Quijano (2004), una de las salidas para la región está relacionada con la deslegitimación del neoliberalismo, un proceso que ha ido en constante incremento, especialmente tras las respuestas del mercado y los Estados ante la crisis desatada por la pandemia del COVID-19.

Desde la década de los 80, el paradigma dominante ha sido el neoliberalismo, caracterizado por la privatización de los recursos públicos, la precarización y flexibilización laboral, la desregulación del mercado y la disminución del rol del Estado en la economía de los países. Sin embargo, las políticas neoliberales han intensificado y profundizado las desigualdades sociales, ampliando los márgenes de pobreza y exclusión, lo que ha generado diversas movilizaciones sociales.

El fracaso del neoliberalismo como modelo de desarrollo ha desembocado en una crisis de legitimidad que afecta tanto a los gobiernos que lo implementan como a las instituciones que lo siguen promoviendo como la única vía para el desarrollo. Para

Quijano, y en consonancia con Harvey, las promesas de crecimiento económico y modernización han resultado en la precarización laboral, el despojo de tierras y la concentración de riqueza en pocas manos, particularmente en las élites locales y transnacionales. En esta coyuntura, las clases populares y los nuevos sujetos sociales emergen como protagonistas de levantamientos que reclaman una confrontación directa contra el modelo neoliberal.

De este modo, la deslegitimación del neoliberalismo se refleja no solo en la resistencia social, sino también en el agotamiento de las narrativas políticas que sostienen su hegemonía. Frente a este panorama, Quijano plantea la urgencia de buscar alternativas que trasciendan el neoliberalismo, basadas en la recuperación de lo común y en nuevas formas de organización política y económica que prioricen las necesidades colectivas.

Bajo el signo del neoliberalismo, el Estado ha sido capturado por intereses privados, transformando su función original como responsable y garante del bienestar público y colectivo. En lugar de actuar como mediador entre el capital y la sociedad, se convierte en un agente activo de la mercantilización de bienes y servicios básicos que deberían ser de acceso común. Quijano identifica esta transformación como una de las causas fundamentales de la crisis de gobernabilidad que afecta a los países latinoamericanos. La reprivatización del Estado ha llevado a que, para las clases populares, este pierda legitimidad y sea percibido como un instrumento al servicio de los grupos de poder o las élites. La desconfianza hacia las instituciones democráticas no es infundada y ha favorecido el surgimiento de alternativas políticas radicales y populistas que, aunque prometen cambios, no enfrentan el *statu quo*.

Una estrategia clave para los procesos contrahegemónicos es la alianza de diversos grupos sociales en torno a un proyecto común de transformación. Gramsci denomina esto un “bloque histórico”, el cual debe ser capaz de generar un nuevo consenso en la sociedad, basado en la justicia social y la equidad. Para lograrlo, es urgente que las clases subalternas tomen conciencia de su contexto y posición, y se organicen a nivel económico, cultural y político.

La lucha contrahegemónica, en un contexto de deslegitimación del neoliberalismo, no puede limitarse únicamente a la conquista del poder estatal, sino que debe implicar una transformación profunda de la sociedad. Esto requiere cuestionar y cambiar las estructuras de pensamiento, valores y creencias que perpetúan el orden dominante. Construir una nueva hegemonía será un proceso que demandará tiempo, paciencia y la continua educación y movilización de los sujetos sociales.

La contrahegemonía y nuevos movimientos sociales

Una respuesta a lo planteado podría encontrarse en los procesos contrahegemónicos surgidos de los grupos subalternos, que reconocen la necesidad de construir una nueva narrativa capaz de desafiar al poder. Para ello, como plantea Harvey (2004), la ciudad se convierte en un espacio clave para resistir las dinámicas capitalistas. Al ser epicentro de los procesos de acumulación por desposesión, la ciudad también es el lugar donde los movimientos sociales pueden articular formas de resistencia y concentrar el potencial de la rebelión. Harvey (2004) retoma el concepto de “derecho a la ciudad”, acuñado por Henry Lefebvre, para referirse al derecho colectivo de transformar el espacio urbano con el fin de que este satisfaga las necesidades de sus habitantes por encima de los intereses del capitalismo. Este derecho no solo implica la participación comunitaria en la planificación y uso del espacio urbano, sino también la posibilidad de construir una vida colectiva que trascienda al capital y sus limitaciones. Las cooperativas de vivienda como respuesta a la especulación inmobiliaria, el urbanismo participativo, las batallas culturales a través del arte urbano y la protesta, entre otros movimientos sociales, son alternativas contrahegemónicas que pueden ser empleadas.

En el caso de Latinoamérica, los movimientos sociales han desempeñado un papel crucial en la configuración política y en la transformación de la sociedad. Las luchas contra las dictaduras militares en la segunda mitad del siglo XX, las movilizaciones en defensa del medio ambiente que se intensificaron a inicios del siglo XXI y la lucha por los derechos de los pueblos indígenas son ejemplos de movimientos que han desafiado las estructuras de poder. Como señala Zibechi (2003), el contexto neoliberal ha sido determinante en la configuración de estos movimientos sociales —que presentan dinámicas internas marcadas— están conectados con la globalización y enfrentan desafíos importantes. Las reformas estructurales impuestas por organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, sumadas a la influencia creciente de las empresas multinacionales, han encontrado en las bases populares una respuesta contundente. La desigualdad, el despojo de tierras y recursos derivados de la acumulación capitalista, y la marginación de los sectores más vulnerables son factores que han incidido directamente en el resurgimiento de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales contemporáneos, según Zibechi (2003), se caracterizan por su diversidad, trascendiendo las organizaciones sindicales tradicionales o campesinas para incorporar a un amplio espectro de nuevos actores con demandas distintas, como ecologistas, feministas y colectivos urbanos, entre otros. Esto ha dado lugar a la creación de redes de resistencia que operan tanto a nivel local como global.

Como ya se ha mencionado, las dinámicas generadas por el capitalismo han intensificado los conflictos sociales. En respuesta, los movimientos sociales han adoptado nuevas formas de resistencia y organización, más horizontales y alejadas de las estructuras clásicas jerárquicas. Un ejemplo notable son los movimientos surgidos en México con los Zapatistas y en Bolivia con las comunidades indígenas, que se constituyen como espacios de autogestión y autodefinición. Sin embargo, Zibechi advierte que la interconexión de los mercados globales y la aparición de actores transnacionales colocan a los movimientos sociales frente a oponentes con un poder mucho mayor.

En cuanto a la lucha por el territorio, para los movimientos indígenas y campesinos, este no es únicamente un recurso económico, sino que está profundamente ligado a su cosmovisión e identidad. Por ello, la defensa del territorio es también una lucha cultural. El despojo de tierras por parte de multinacionales —que en la mayoría de los casos están soportadas y legitimadas por los gobiernos— se presenta como uno de los principales detonantes de los conflictos sociales. En este contexto, las luchas de los Mapuches en Chile o de los indígenas de la Amazonía, por citar dos ejemplos, no solo buscan la recuperación y salvaguarda de tierras, sino también la protección de sus modos de vida.

La reivindicación de las diferencias culturales, de género o étnicas tiene un papel fundamental en la construcción de los movimientos sociales y las identidades, ya que no solo fortalece el sentido de comunidad dentro de estos, sino que también permite la creación de narrativas alternativas a las impuestas hegemónicamente.

Aníbal Quijano ha analizado los históricos y profundos dilemas que atraviesa América Latina relacionados con la dependencia económica, la exclusión social y las prácticas neoliberales. En sus análisis aborda las causas y efectos de estos problemas, planteando interrogantes sobre las posibilidades reales de la región para salir del “laberinto” en el que se encuentra. Esta metáfora del laberinto alude a la crisis estructural vinculada al capitalismo global, la herencia colonial y las formas de poder que continúan legitimando los procesos de desigualdad.

Lo que Quijano (2004) identifica como la raíz problemática de Latinoamérica es la colonialidad del poder, un concepto que se refiere a la continuidad de las estructuras coloniales en las sociedades contemporáneas de la región. Según este planteamiento, la colonización no solo implicó una dominación territorial y económica, sino también la organización del poder y del conocimiento, mediante la cual la idea de superioridad europea se impuso, naturalizando jerarquías raciales y sociales. De esta manera, la colonialidad del poder permeó y se perpetuó en las instituciones

políticas y económicas que se configuraron tras la independencia, dando lugar a una matriz de poder que combina el capitalismo global con relaciones de dominación aún coloniales.

Para Quijano (2004), América Latina quedó atrapada en un laberinto estructural en el que la dependencia económica y la subalternidad cultural entrelazan la reproducción de la desigualdad y la explotación. Romper con estas lógicas no implica realizar reformas dentro de estas tramas, sino que exige una transformación radical de las estructuras de poder. En este proceso, los nuevos sujetos y movimientos sociales emergen como protagonistas esenciales del cambio.

La aparición de nuevos sujetos sociales contrahegemónicos, que desafían las estructuras de poder y agrupan a colectivos históricamente marginados —como movimientos indígenas, feministas, campesinos, afrodescendientes y jóvenes precarizados, entre otros—, no solo reivindica derechos específicos, sino que resulta fundamental para cuestionar la lógica misma del desarrollo capitalista, la globalización y el neoliberalismo.

En particular, los movimientos indígenas luchan por su autonomía y la defensa de su territorio como formas de resistencia frente al extractivismo. Al reivindicar su tierra como un espacio de vida y no como mercancía, afirman su identidad cultural y su soberanía territorial, oponiéndose así a la lógica capitalista que mercantiliza todos los aspectos de la existencia humana.

De manera similar, los movimientos afrodescendientes critican las formas de racismo estructural que persisten en América Latina y cuestionan la invisibilización de las diversidades raciales y étnicas de la región. Según Quijano, estos sujetos sociales exponen la crisis de legitimidad de los Estados nacionales y de una modernidad que ha excluido a amplios sectores de la población.

Por otro lado, los movimientos feministas y de género han desempeñado un rol crucial en los últimos años al criticar la colonialidad del poder. El patriarcado ha sido un instrumento clave en la reproducción de las relaciones coloniales y capitalistas. Cuestionar las jerarquías de género y la opresión patriarcal es un paso esencial para desmantelar las bases sobre las que se ha construido el poder en Latinoamérica.

Todas estas luchas abren la posibilidad de construir alternativas colectivas y comunitarias contrahegemónicas que trasciendan la lógica capitalista.

CONCLUSIONES

En conclusión, tras analizar los conceptos de acumulación por desposesión, la crisis de la reproducción social y la fractura del metabolismo social, en un contexto en el que las prácticas e ideologías neoliberales enfrentan un proceso de deslegitimación, es posible considerar que el capitalismo está alcanzando sus límites. Las prácticas de resistencia que surgen tanto en las ciudades como en los territorios rurales o indígenas son una muestra de que los sujetos sociales están decididos a luchar por un sistema diferente, que priorice la vida y el bienestar como ejes centrales de la organización social.

Lograr este objetivo requiere la construcción de una nueva hegemonía basada en la justicia social, la equidad de género, racial y étnica, y la sostenibilidad ecológica. Esta nueva hegemonía debe desafiar al capitalismo en su núcleo, proponiendo soluciones concretas que permitan mejorar las condiciones de vida en el presente y hacia el futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 3, pp. 150-152, 156-157; Tomo 4, pp. 353-358; Tomo 5, pp. 60-63, 386-390). Ediciones ERA.
- Harvey, D. (2004). El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist Register*, 111-124. <https://tinyurl.com/3vuzwvcn>
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana* (J. Madariaga, trad.). Ediciones Akal.
- Marx, K. (1990). *El capital: crítica de la economía política*. Siglo XXI.
- Quijano, A. (2020). El Laberinto de América Latina: ¿Hay Otras Salidas? *Revista OSAL*, 13, enero-abril. <https://tinyurl.com/2yubyn9n>
- Zibechi, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *Revista OSAL*, 9, enero, 185-188. <https://tinyurl.com/55m8hcub>

